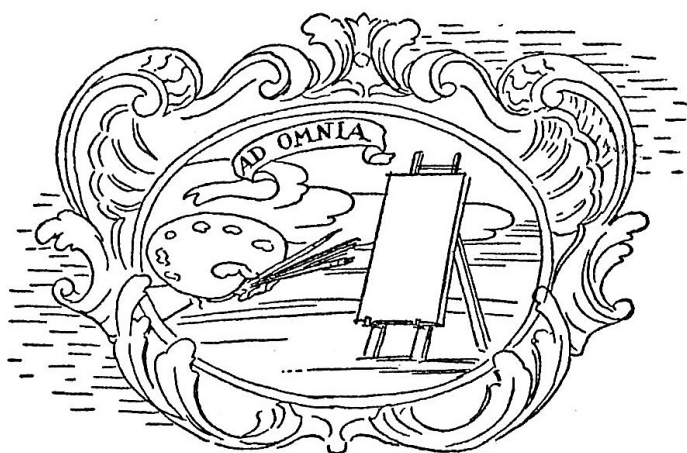


MONTEAGUDO

PUBLICACION DE LA CATEDRA
«SAAVEDRA FAJARDO»

NUMERO EXTRAORDINARIO
EN MEMORIA DE CARLOS RUIZ-FUNES

46-48



UNIVERSIDAD DE MURCIA
1967

IN MEMORIAM
CARLOS RUIZ-FUNES Y AMOROS

SOMBRERERO, MECENAS, HUMANISTA.
ALGUNOS RECUERDOS MURCIANOS. 1944-1945

MIENTRAS sigo aquí en Los Angeles, California, pensando tristemente en el fallecimiento reciente de mi querido amigo Carlos Ruiz-Funes, los años empiezan a volar en mi imaginación como las hojas arrancadas de un calendario, hasta hacer un alto en la primavera de 1944, cuando por primera vez fuí huésped suyo en Murcia. Aunque sombrerero de profesión era también humanista y mecenas, y como yo deseaba conocer la cultura popular de Murcia y sus bellezas artísticas, se ofreció como guía, filósofo y amigo.

Todas las tardes se reunían en su pequeña trastienda en la Trapería poetas, pintores, críticos y *flâneurs* literarios para discutir las últimas novedades aparecidas en Madrid, Barcelona, París y Londres. Mientras discutíamos apasionadamente sobre la correspondencia entre Claudel y André Gide o librábamos duelos verbales sobre los méritos relativos de Picasso, Juan Gris o Pedro Flores, entraba algo cohibido, un posible comprador de sombreros, y nuestro anfitrión, D. Carlos, interrumpía inmediatamente su oratoria para atender al cliente. Más tarde, cuando el trabajo del día se había terminado, D. Carlos nos acompañaba a una taberna donde su propietario, D. Paco, nos servía varias rondas del fuerte vino de Jumilla para prepararnos a las procesiones y desfiles de la noche.

La gran procesión de Semana Santa tenía lugar el Viernes Santo, cuando los murcianos se reunían en la plaza de San Agustín para ver las célebres imágenes del siglo XVIII, obra de Salzilla, saliendo de la iglesia de Jesús acompañadas de sus nazarenos envueltos en túnicas y caperuzas moradas. Mientras esperábamos a que aparecieran los pasos, don Carlos y sus amigos me hicieron tragar la característica bebida murciana, café, leche y cazalla o aguardiente de anís, servida en vasitos humorísticamente ca-



lificados con el nombre fállico de «carajillos». Unas tras otra, lentamente, vimos pasar las figuras de la Pasión por encima de las cabezas de la multitud, y frases de la magnífica prosa de Miró acudieron a mi memoria. Un grupo escultórico, «La Última Cena», con su larga mesa cubierta con profusión de ricas viandas, una concesión al ingenuo realismo de los murcianos, va seguido de «La Oración del Huerto» y las escenas del juicio. Un paso tras otro, va pasando entre los murmullos de la gente. Llega entonces, el mejor paso de todos, la obra maestra de Salzillo: «La Dolorosa». El momento tradicional, el momento de más emoción, es cuando sale por la puerta de la iglesia de Jesús a la plaza y el primer rayo de sol le da en la frente. Para poder presenciar este instante supremo aquella multitud se ha levantado antes del amanecer y ha estado rezando para que el día no esté nublado.

Comparándola con las procesiones espléndidas de Sevilla, Cartagena y Valladolid, la procesión murciana me impresionó por su simplicidad y austeridad patriarcal. Muchos de los penitentes llevan dos o tres cruces a cuestas y también he visto a mujeres cargadas con su cruz, descalzas y arrastrando cadenas. Ví a una mujer andando de rodillas ayudada por dos muchachas que le sostenían los brazos.

Había una mezcla de devoción y de feo realismo. Algunos de los nazarrenos levantaban sus caperuzas y tragaban huevos duros, o bien echaban caramelos o judías a la gente. En verdad, el espíritu irónico nunca ha estado mucho tiempo ausente en Murcia, ni en los momentos más solemnes. El carácter de los huertanos, los habitantes de las huertas de naranjos, es pícaro y su pintoresco dialecto, llamado panocho, está lleno de palabras de doble sentido malicioso y sutil.

Con don Carlos y su hermano Pepe iba un escultor llamado Antonio Garrigós, que pudo muy bien haber salido directamente de las páginas bíblicas de Miro. Fue él quien me presentó a los auroros, los cantadores de madrugada de Murcia, cuya representación ritual en Semana Santa me impresionó más profundamente que cualquiera otra experiencia musical jamás tenida en España. Según me explicó Carlos Ruiz-Funes los auroros salen todos los años el Jueves Santo por la tarde a la plaza de San Agustín y cantan solemnemente para sus conciudadanos la Canción de la Pasión. Son una hermandad cuyas tradiciones remontan al siglo XVII, porque ya en 1650 existía en Murcia una hermandad llamada «La Aurora» compuesta por aldeanos y jornaleros de la huerta que hacían sus devociones a la imagen de Nuestra Señora de la Aurora en la iglesia de Santo Domingo (1). Cada pequeña aldea en la llanura que rodea Murcia tiene su propia hermandad de auroros, y es costumbre en Jueves Santo reunirse en amistosa rivalidad en la plaza de San Agustín. Mientras la gente vi-

(1) Aquí cito la magnífica conferencia que pronunció mi amigo el Dr. J. P. Mateos en Murcia, en 1944, a la que asistí. Dip. Prov. de Murcia, Ciclo de Conferencias sobre Temas de Interés Provincial (1944).



sita las imágenes del gran Salzillo que están expuestas en la iglesia de Jesús, los auroros empiezan sus primitivos cantos polifónicos como si fueran parte de un antiguo ritual. Como el día sea frío y ventoso van todos ellos muy abrigados, embozados en sus capas sobre sus blusas: ninguno en la hermandad tiene menos de cincuenta y cinco años. Después de sus cánticos para la gente de la Plaza, don Carlos y yo los seguimos al «Café Teodoro», donde, según la tradición, tenía lugar un verdadero torneo de canto, porque los auroros de Monteagudo se enfrentaban a los de las aldeas de Llano de Brujas y La Nora, y la inspirada rivalidad estaba atizada por repetidas rondas de *lechanís*, café con leche y anís, o *revueltos*, una mezcla mucho más fuerte compuesta de vino de Jumilla y aguar-diente.

EXPEDICION A MONTEAGUDO EN BUSCA DE LOS AUROROS

El Sábado de Gloria, por la noche, Carlos y Pepe organizaron una expedición al vecino pueblo de Monteagudo para oír a los auroros su canción ritual de la madrugada de Pascuas. Después de medianoche emprendimos la marcha. Nuestro medio de transporte estaba en consonancia con nuestra expedición para descubrir la música tradicional de los humildes cantores de madrugada, porque se trataba de un carro y un burro. El burro al que yo llamé «Dapple», pensando en el fiel compañero de Sancho Panza, era un animal flaco gris y blanco, de expresión sardónica y con unas orejas que parecían batir palmas en respuesta a las continuas preguntas que su amo le dirigía. El amo, Benito, tenía toda la tunantería del aldeano murciano y hablaba un panocho cerrado. Era como una reproducción arrugada de Sancho, con un rostro de color de manzana camuesa, una colilla colgando siempre de un lado de la boca y la boina inclinada con atrevimiento. Nos contó durante el viaje toda una serie de anécdotas de la vida privada de todos los de la aldea y siempre que tenía que darnos unos detalles escabrosos en su *crónica scandaleuse* preparaba sus observaciones llamando la atención del burro. Este rascaba entonces el suelo con sus cascos, movía las orejas y en alguna ocasión, cuando su amo se propalaba, rebuznaba tristemente... como protestando. Al seguir camino adelante hacia la aldea de la montaña la noche resonaba con los chistes de Pepe Ruiz-Funes y las anécdotas y las canciones de Benito que cantaba al fustigar al burro con el látigo:

*Para cuestas arriba
quiero mi burro;
que las cuestas abajo
yo me las subo.*



Era negra noche cuando llegamos al pueblo de Monteagudo, acurrucado al pie de su gigantesca espuela. No se veía un alma y nos parecía que éramos conspiradores haciendo una incursión secreta al invadir la aldea dormida. En un rincón de la plaza encontramos a un grupo de hombres envueltos en capas: eran nuestros amigos los auroros con su director Juan Pedro, que a la sazón llevaba la vieja y tradicional linterna para alumbrar a la banda.

Después de golpear violentamente en la puerta de una taberna del vecindario y despertar los ecos dormidos, fuimos admitidos por un camareero medio dormido que nos preparó al instante café y aguardiente de añís. «Esto es la parte más importante del ritual», murmuró Pepe Ruiz-Funes a mi oído mientras se disponía a preparar las mezclas alcohólicas. «Los auroros sufren de la garganta y necesitan un poderoso estimulante alcohólico antes de encontrar su duende».

Cuando los auroros hubieron alcanzado el necesario estado de excitación empezaron todos a la vez e individualmente a soplar, gruñir y carraspear, terminando con unos trinos como de pájaro. Había llegado la hora de dar la serenata al alcalde del pueblo. Esto también, de acuerdo con el ritual, había que hacerlo con toda discreción, por lo que nos deslizamos silenciosamente a lo largo de las estrechas calles oscuras guiados por el director Juan Pedro. Debajo de la ventana del alcalde empezaron su canto polifónico y entonaron la *Salve* de San José en honor del primer ciudadano de Monteagudo. La solemne canción repercutió y el eco la repitió por todas las callejuelas oscuras. Hubo un ruido de ventanas abiertas y vimos varias cabezas femeninas mirándonos de todas partes.

A la grisácea luz de la aurora que se acercaba, los cantores parecían una banda de ladrones decréptos, de Rip Van Winkles, que han despertado de pronto de su largo sueño en las montañas. Iban vestidos de negro, con blusas, y llevaban gruesas bufandas y sombrero de fieltro también negros. Juan Pedro, bronceado, de facciones acusadas, ojos de halcón, y expresión irónica, llevaba en la mano una campana como las que se usan en las subastas. Tras él se hallaba el miembro veterano de los auroros, el anciano Nares, pálido, el pelo blanco, que tenía durante el canto una expresión extasiada. La mayor parte de los demás auroros eran clásicos campesinos, morenos como moros, con los rostros curtidos por los años de trabajo en los campos. Cuando descansaban entre canción y canción lo hacían a estilo moro, poniéndose en cuclillas. La característica más impresionante de los auroros era el uso que el director hacía de la campana. Con ella daba el tiempo y el ritmo a los auroros y por esta razón se le llamaba *campanero*, así como *antiguo*; no obstante, el empleo de la campana se limitaba a las canciones de regocijo como la *Salve* y dejaba de emplearse en la *correlativa* y otras canciones del Jueves Santo.

Después de cantarle al alcalde y terminada la ronda de bebidas acos-



tumbradas subimos hacia la capilla, detrás de los auroros que andaban al paso tras el estandarte rojo del grupo. Entonces cantaron el Ave María, y la campanilla de Juan Pedro se agitó sin cesar dando ritmo al coro polifónico. El cielo se tornaba azul y verde, estriado de rosa, y me acordé de la descripción que hace Homero del «amanecer de dedos rosados». Cruzamos un grupo de mayores envueltos en sus velos negros y jornaleros que se descubrían y santiguaban al pasar la procesión, porque es tradición en los auroros desfilan cantando en procesión, cuando uno de los de la hermandad muere o cuando el estandarte de Nuestra Señora del Rosario, la patrona de los auroros, va con ellos. Los pájaros empezaron sus gorjeos en respuesta a los cánticos. Al subir lentamente la procesión por la estrecha calle, contemplé el vasto panorama que se extendía a mis pies en la falda de las distantes montañas. El cielo, de color rosa se volvió dorado, y pude distinguir una sinfonía de verdes, desde el verde de la hierba y de los árboles al verde irreal del cielo a occidente. Aquí y allá, se destacaban en la verde llanura las siluetas solitarias de las palmeras, y por encima de la ciudad blanca y rosada se yergue la torre de la catedral de Murcia que brilla bajo el sol y se transforma en el tema central del paisaje, mientras el resto del llano está moteado de aldeas como manchones blancos y rosados. El sol al ascender llameante, consigue transformar el paisaje en un desierto y la ciudad en un poblado moruno, mientras la lejana Sierra cambia su color rosa por el cobre bruñido de las montañas del Yemen. En la capilla, los auroros cantan el himno Santo Dios a un lado del altar, y cuando el vicario José Malero, que procede del vecino pueblo de Puente Tocino, ha dicho la Misa, siguen a su director fuera de la capilla y sin dejar de cantar se dirigen al cementerio. Vamos siguiéndoles por entre los limoneros; los auroros cantan ahora el Rosario y la voz de Juan Pedro se eleva al falsete porque canta la *quinta*, una clase de vocalización ritual según me explica mi mentor Antonio Garrigós, que camina a mi lado contándome con voz perezosa las bellezas de la naturaleza y la canción. Garrigós conoce las vidas de aquellos humildes trovadores y a todos los ha tenido como modelos de sus esculturas.

De pie en el centro del cementerio los auroros me rogaron que recitara una oración por los muertos, lo que hice en los términos siguientes: «Como humilde súbdito británico pido en nombre del Señor Jesucristo paz eterna para los muertos en esta guerra mundial y también para los que murieron en la guerra española».

En respuesta a mi plegaria los auroros cantaron su conmovedor himno a los muertos, y al llegar a la verja del cementerio, el himno de Nuestra Señora de la Fuensanta, patrona de Murcia, para la paz del mundo, incluyendo en la letra las palabras «Viva Inglaterra». Al escuchar aquella extraña mezcla de polifonía popular instintiva y de melodía moruna con palabras primitivas, recordé las canciones medievales de Gonzalo de Berceo y especialmente los cánticos a Nuestra Señora de Alfonso el Sabio, que de-



bió de haber cantado infinidad de veces allá arriba, en su castillo del peñasco de Monteagudo.

De regreso de Monteagudo con nuestro carró y nuestro burro me asombré al descubrir la irónica relación que existía entre Benito y su asno. Siempre que nos acercábamos a una taberna el animal andaba más lentamente y acababa parándose ante la puerta. Ni amenazas ni latigazos le hacían dar un paso más.

«Es tan obstinado como el asno de Buridán», exclamaba Benito, «y a éste se le podía excusar porque era baturro».

«El hábito hace el monje», declaró Pepe riéndose. «El animal sabe que nunca pasas ante una taberna sin ir a remojarte el gaznate». «¿Qué quiere Vd., señor Funes? Hemos de aprender hasta de los animales. Como tú quieras, borrico».

Siempre que el borrico se detenía seguíamos su consejo y bebíamos vino de Jumilla y comíamos altramuces como si fuéramos verdaderos huertanos en día de fiesta. En el patio de una de las tabernas estaban jugando a los bolos. El juego me recordaba uno que jugaba de pequeño y las grandes oportunidades que me ofrecía para apostar. Decir, por ejemplo, «Echar a rodar todos los bolos», significaba empezar una pelea, y cuando un hombre dice que su suerte ha cambiado, exclama: «Múdanse los bolos».

«Mándenos copas», gritó Benito en la jerga del juego, lo que significa: «Vamos a apostar». En un instante nos vimos rodeados por un grupo de huertanos que apostaban cinco duros a cada tirada. Benito no tardó en descubrir que su suerte había terminado y que los bolos habían cambiado.

«¿Qué es lo que oigo?», me preguntó de pronto.

«Oigo rebuznar al burro», contesté.

—«Ya ve usted», exclamó triunfante. «¿Había visto Vd. un borrico como éste? Mire: este animal es mejor que cualquier decidora de buena ventura. Sabe cuando se me pone la suerte de espalda y cuando es hora de que me vaya a casa con mi mujer».

LOS GITANOS DE MURCIA Y LORCA

De regreso pasamos por el barrio gitano de la ciudad, llamado Las Bochas. Está en el sector pobre; más allá del Malecón. Allí en una torre medio derruida vivía un extraño personaje, algo bohemio, llamado Carlos Rodríguez, a quien todo el mundo conocía en Murcia por Sambuliquí. El apodo, derivado de un verbo catalán que significa «no te metas en líos», resumía admirablemente la personalidad de este bohemio que tenía ciertos rasgos en su personalidad tan marcadamente románicos que al principio pensé que se trataba de un *poshratt* o mestizo de gitano. Le encontramos trabajando afanosamente en un enorme dragón de unos dieciséis metros de largo que iba a ser *la pièce de résistance* del inmediato «Entierro de



la Sardina». El taller estaba maravillosamente desordenado: pájaros grotescos y peces de cartón se contemplaban desde un extremo de la estancia y un enjambre de gitanillos mojaban pinceles en botes de pintura y se manchaban ellos y todo lo que tocaban. El propio Sambuliqui, moreno, de pelo negro y mirada ardiente, parecía un ayudante de un circo gitano. Tan pronto como don Carlos me presentó, dijo con su voz cascada: «Tengo que hacer todo esto para vivir: nada da más que los dragones... cuestan poco de hacer y al Ayuntamiento les encantan... pero uno no puede vivir sólo del arte. Venga a ver mi Virgen».

Tirándome de los faldones de mi sobretodo me llevó a otra habitación donde una colosal y polícroma imagen de la Virgen con el Niño se alzaba muy por encima de nuestras cabezas.

«Ya sé que no la encontrará muy buena», observó mirándome de soslayo, «pues vivo con la esperanza de que algún día llegaré a ser un escultor».

Luego volvió a su taller y se afanó en los gnomos de cartón, los *perullos* y otras criaturas fantásticas de su extraviado genio. Era todo él un amasijo de supersticiones como todos los verdaderos gitanos, pero su carácter tenía su punta de orgullo y aspiraba sin descanso a ser un escultor de pasos, conformándose con esculpir Vírgenes para las capillas de los pueblos. Gracias a su influencia me hice yo muy amigo de los gitanos de Murcia y Lorca. En esta villa, después de explorar las cuevas de las ruinas de la antigua ciudadela de Alfonso el Sabio visité la feria de ganado en la Alameda, donde conocí a Luis Fernández el Faraón, el jefe de los gitanos de la villa, una figura imponente, elegantemente vestido de color castaño, con bufanda color crema, gorra leonada y en la mano el inevitable bastón de los tratantes en ganado con un grueso pomo al extremo superior.

«Me llamo Fernández», me dijo. «Somos muchos los que nos llamamos así. Los gitanos pura sangre de los alrededores pertenecen a las familias Fernández, Vargas, Heredia y Cortés».

Fernández gobernaba su tribu con mano de hierro, y ninguno de ellos se atrevía a contradecirle. Cuando decidí dar una fiesta gitana en Lorca para Carlos Ruiz-Funes y sus amigos, lo único que tuve que hacer fue indicárselo al jefe y todo quedó arreglado. Por mediación del alcalde se me permitió servirme de un destartalado edificio dotado de un magnífico escenario. Encargué un barril de vino tinto y pedí a dos doncellas de mi hotel que se vistieran como intermedio local a la zambra gitana.

Las gitanas vinieron todas con sus mejores trapos; faldas rojas, camisolas azules, *diclós* amarillos y rosados. «Pajarito», un muchacho gitano de Puerto Lumbreras, iba con chaquetilla roja, faja azul y pantalón negro ceñido. Después de dos horas de alegrías, soleares, siguiiriyas y bulerías, el Faraón me dijo con aire solemne: «Espero que no se ha sentido defraudado y que mis hermanos y hermanas han estado a su gusto».



«Han estado maravillosos», exclamé, «pero dígame qué debo pagarles por sus cantos y bailes».

«Señor, los gitanos han venido para honrarle. Se le conoce en toda España como el gran amigo y protector de los calés; sí, lo sabemos desde hace muchos años».

A pesar de todas mis protestas, la tribu no quiso aceptar ni un céntimo y se marcharon sin decir palabra, dejándome perplejo ante aquel comportamiento por parte de los cantadores y bailarines que son, en general, la personificación de la codicia.

Unos días más tarde Sambulique me dedicó una zambra en su torre. Fue una gran fiesta. Todo el mundo pudo entrar libremente. La mayor parte del vecindario vino a oír los cantos, y cada ventana estaba abarrotada de niños desharrapados del barrio pobre. La fiesta tuvo lugar en los talleres repletos de gatos, murciélagos, serpientes y demás bichos de cartón pertenecientes a la cabalgata. Celebróse pues, el acto en la habitación interior en el fondo de la cual se alzaba como una diosa egipcia. A lo largo de las paredes Sambulique había colgado matas de habas de forma que aquella estancia más parecía un huerto que otra cosa. Al escuchar la música gitana íbamos cogiendo habas de las ramas porque, como había dicho nuestro anfitrión al principio:

«Coman todas las habas como puedan; a nosotros los murcianos nos encantan porque no dan sed para el buen vino tinto de Jumilla».

Cuando Sambuliqui me vió mirar la estatua de la Virgen y callarme en la mitad de una frase me dijo:

«Suelte lo que quiera, Don Gualterio, aun no está bendecida». Pronto la juerga alcanzó su apogeo. Algunos de los gitanos que había visto bailar en Lorca tomaron también parte en ella, incluyendo al jovenzuelo «Pajarito», que bailaba como un demonio, acompañándose con una mímica extravagante, mientras las muchachas gitanas cantaban. Iba vestido con chaquetilla naranja, faja verde y corbata roja. Durante los intervalos todo el mundo comía salchichas y habas y bebían golosamente el vino tinto de Jumilla al que precisamente todos llamaban Sangre de Gitano. Llegóse al momento cumbre del jolgorio cuando un extraño gitano de aspecto mongólico, llamado Isidro Marín hizo su aparición. Tenía la piel de color caoba, ojos oblicuos y la frente arrugada como papel rizado. Su rostro parecía hecho de goma; torcía la boca en infinidad de muecas distintas, se retorcía la nariz, oblicuaba los ojos e imitaba el canto de los pájaros, patos, gallinas, gatos, asnos y los ruidos domésticos íntimos, tales como eruptos, carraspeos y retortijones. El público prorrumpía en carcajadas gigantescas y para añadir color a toda aquella excitación las dos muchachas, Manolita y Josefa, y el chico «Pajarito», empezaron a dar volteretas y saltos mortales. Los hombres hicieron crujir sus nudillos, y se rasgaron las camisas a tiras al estilo gitano y comenzaron asimismo a dar saltos. Hasta el abuelo de «Pajarito», el viejo Faraón canoso, Pedro Fernández,



primo del jefe de los romaníes de Lorca, se sumó al baile y cantó una siguiriya con voz dura que resonaba como el bronce. Sus bigotes blancos y las tijeras que llevaba en la faja recordaban pasadas épocas de los gitanos españoles cuando el *moirabuor* era una figura más corriente que en nuestros días. De su siguiriya tomé nota de una frase: «España es el único país que vende y revende la sombra y el sol».

Pedro Fernández y su nieto el «Pajarito» eran gitanos de casta superior y poseían cierto aire de clase aristocrática. Ambos me recordaban los gitanos descritos por Cervantes, y es interesante notar que los lugares frecuentados por los compañeros gitanos de Preciosa, en *La Gitanilla* eran todos lugares de los alrededores de Murcia y Lorca. Pude imaginar a Pedro Fernández proclamando al mundo que los romaníes eran los reyes de la Naturaleza y que creía en el *erraté* y en su ley no escrita, como el Faraón gitano de la historia de Cervantes. El «Pajarito» era el eterno príncipe de las novelas, con pelo negro azulado, tez morena, ojos de águila y esbeltez de junco. Dotado de un imperioso sentido del ritmo, con movimientos de pies refinados, hacía trenzas al bailar, como dicen los gitanos. Pero con todos estos talentos no hacía nada de su vida. Holgazaneaba, aceptaba algún empleillo en un lado u otro, pero no perseveraba mucho tiempo. Tardé o temprano la atracción del camino volvía a despertar en él, y desaparecía haciendo caso omiso de su contrato y dejando a sus compañeros en el atolladero. Liszt había observado esta particularidad en su protegido, el músico gitano Jozsi, y en las aldeas húngaras he conocido a muchos violinistas gitanos del mismo tipo.

Era inútil discutir con el «Pajarito» y sus congéneres; me miraba con sus grandes ojos oscuros y decía con guasa:

«¿Qué me ocurriría si siguiera su consejo de paiyo?».

«Te harás famoso, «Pajarito», y rico, y tu nombre brillaría en Broadway, en Shaftesbury Avenue o en los *boulevards*».

«¿Dónde estarían entonces la luna y las estrellas, Don Gualterio? Sería peor que estar en la cárcel donde encerraron a mi padre durante un año. Lo que usted quiere que yo haga es vender mi cuerpo a un apoderado como hacen mis primos que son toreros. Un señor muy gordo mordiendo un puro, que les dice lo que tienen que hacer: les hace viajar de plaza en plaza, toda la noche sentados en el tren, comiendo mal, viviendo de tapitás, para luego, «desde la talanquera», oírle maldecir al desgraciado torero porque se ha puesto pálido. Preferiría mil veces ser un espontáneo y jugarme el pellejo en la plaza si así me antojara. Así que, Don Gualterio, muchas gracias por todos sus consejos, pero me quedo con lo mío y con los míos. Bailo cuando me entran ganas, duermo cuando me aburro y tengo en cuenta que Dios proveerá para todos cuando sea el momento».

A última hora de aquella noche cuando todo el mundo rodeó a nuestro mecenas, Carlos Ruiz-Funes, en la sombrerería, se iniciaron discusiones acerca de las palabras de «Pajarito».



«No es más que un miserable gitano», dijo alguien. «¡Mire que despreciar la oportunidad de transformarse en un bailarín y hacerse célebre!».

La conversación prosiguió sobre el tema del profesionalismo en el arte. Cuando el concurso verbal se hubo agotado por sí solo, dije plácidamente:

«Gracias a Dios que aun quedan «Pajaritos» por el mundo que desprecian las tentaciones del *paíyo*, que los absorbería en esta vulgaridad desordenada y aburrida que se llama civilización. Gracias a Dios que en el mundo existen aún aficionados ávidos de descubrir los lugares donde cantan y bailan los «Pajaritos» bajo las estrellas, ante sus tiendas».

CARLOS RUIZ-FUNES: UN MURCIANO AUTÉNTICO

Carlos Ruiz-Funes lo comprende, pero él es un hombre único. Procede de una familia respetabilísima de Murcia y está orgulloso de las tradiciones de su ciudad y provincia, porque las ve como *sub specie aeternitatis*, como un microcosmo del mundo español y su visión del presente está siempre coloreada con su amor por las glorias pasadas. Fue su amor a la tradición lo que le atrajo de joven a la Gran Bretaña, porque pensó que nuestra influencia en Europa era beneficiosa por nacer del equilibrio armónico que establecíamos entre la Europa del Norte y la del Sur, entre las civilizaciones latinas y anglosajonas, entre los adelantos modernos y el ritual antiguo.

«Admiro la libre comodidad en que viven ustedes los británicos», me contestó Carlos. «Aceptan las invenciones modernas porque proporcionan comodidad a las grandes masas de su país, pero siguen conservando las grandes ceremonias de acuerdo con un ritual antiquísimo. Su Parlamento está lleno de antiguo ceremonial como una asamblea medieval, su educación en los colegios de Oxford y Cambridge sigue aún el ritual de Bolonia y París en los tiempos de Dante y es un reproche perpetuo a nosotros los latinos que destruimos nuestras Universidades en la Edad de la Razón. Incluso siguen una tradición en su indumentaria; estoy orgulloso de seguir los dictados del rey de los sombrereros ingleses, Locke, el patriarca de St. James Street, y mis sombreros llevan la etiqueta «Modelo Cambridge».

EL ENTIERRO DE LA SARDINA

Fue desde el balcón de mi anfitrión, don Carlos, desde donde ví la gran cabalgata de la «Muerte de la Sardina» a la que Sambuliqui había dedicado tanto talento y energías. Esta cabalgata es el gran finale de las festividades de Semana Santa. Es una de las últimas reliquias de las representaciones medievales y simbólicas que describen dramatizándola, la lucha entre don Carnaval y doña Cuaresma tan poéticamente relatada por



el Arcipreste de Hita en su *Libro de Buen Amor*, en el siglo XIV. Primero aparecen los soldados con los estandartes de su señoría La Sardina, seguidos de los comedores de sardinas, que llevan gigantescos tenedores y cuchillo de cartón. Hombres vestidos de langosta y de pato les siguen y pelean por apoderarse de las monedas que les echa el público desde los balcones de las casas. Les sigue una procesión de pellejos de vino y tras ellos vienen unos muchachos con antorchas de color verde y rosa, en cadena, cuyas luces producen como una espesa niebla que envuelve toda la calle. A través de esta niebla rosa y verde los monstruos y enanos parecen fantásticas y fantasmales figuras.

El humo cambia gradualmente de rosa y verde a púrpura y a lo lejos, por encima del murmullo creciente y decreciente de la gente, oigo los tambores. Primero aparecen los *perullos* o gigantes sobre zancos, luego Vulcano encaramado en su fragua llena de hombres, y no lejos un carro atestado de dragones escupiendo fuego. Después de Vulcano llega Neptuno sobre su gran carroza rodeada de servidores que llevan remos en las manos. Alrededor de la carroza bailan murciélagos con sus alas extendidas: son los heraldos del aquelarre con sus huestes de portadores de antorchas presididos por una inmensa bruja vestida con ropaje estrellado y llevando la escoba mágica. Detrás viene Mercurio llevando en la mano el globo del mundo, y pasando el carro del infierno presidido por un gigantesco Satanás con alas rojas y una guadaña, veo el tremendo monstruo, la serpiente de Sambuliqui arrastrando sus anillos lentamente y envuelta en humo y fuego. La montan seis demonios con antorchas y serpientes vivas. Cuando la cabalgata llega al Puente Nuevo, legiones de demonios prenden fuego al monstruo marino y a la Sardina y el festival termina con una tempestad de cohetes, tracas y petardos.

Una hora más tarde, ya acostado en mi pequeña habitación en lo alto de la calle moruna de la Trapería aun seguía oyendo los gritos distantes de la gente y el estruendo de los fuegos artificiales. Fui de sueño en sueño por largas avenidas de asfódelos hacia un castillo de donde emergía la música llevada por la brisa. En medio de esta armonía empecé a percibir la llamada insistente de una campana... cuando abrí los ojos era noche cerrada, pero la música se fue haciendo más y más fuerte y la insistencia de la campana me despertó del todo. Me levanté de un salto y corrí al balcón. A cierta distancia allí al fondo de la calle oscura, ví una lucecita y un grupo de caras que sobresalían de las sombras. Una mano blanca agitó una campanilla que ritmaba la apagada polifonía de aquellos cantantes sin cuerpo.

«Vivan los auroros de Monteagudo» les grité y fui corriendo escaleras abajo, para darles las gracias por la serenata de despedida en la madrugada del día en que iba a marcharme de Murcia.

Los auroros y su director espiritual, Antonio Garrigós, no sólo ampliaron mi visión y me enseñaron algunos de los rituales mágicos que aun



viven agazapados en rincones apartados de las tierras mediterráneas, sino que dirigieron mis pasos hacia el misterio de Elche, la Jerusalén occidental floreciente entre bosques y palmeras.

Así terminan mis primeros recuerdos murcianos cuando Carlos fue mi Mecenas a quien debo toda mi profunda afición a la cultura murciana.

Desde aquel entonces Carlos y su simpatiquísima esposa Ana, venían muy a menudo a visitarnos en Madrid y asistían a nuestras tertulias en el Instituto británico presididas por nuestro gran amigo don Pío Baroja. Varias veces encontraba yo a los dos esposos en Londres o París, y siempre Carlos el bibliófilo se apresuraba a ir a Charing Cross road o a la rue Saint Jacques en busca de libros viejos para su colección en Murcia.

Vinieron a mi fiesta de despedida en 1954 cuando dejé al Instituto Británico, y desde 1956 cuando fuimos a vivir en los Estados Unidos nunca dejó Carlos de escribirme y de mandarme libros y artículos de Murcia. En 1957 tradujo en español un artículo mío intitulado «Un Aspecto de la Civilización Mediterránea» basado sobre una conferencia mía para «Le Conseil d'Europe» en Estrasburgo en 1952. La última vez que nos encontramos fue en Madrid en el Club Británico, durante nuestra permanencia concedida por la Universidad de California en Los Angeles en 1966.

Los Angeles, Universidad de California, noviembre, 1967.

